

# *Mística y místicas rebeldes en las religiones del Libro*<sup>1</sup>

Trinidad León Martín,  
Facultad Teología de Granada

El término “*mística*” es polivalente y ambiguo, rico en matices, pero, sobre todo, en vivencias. Se utiliza para nombrar fenómenos relacionados con la experiencia de la Divinidad, pero también con ese mundo de lo oculto, trascendente, paranormal, parapsíquico, e incluso, con todo lo que tiene que ver con el mundo de las relaciones y de la naturaleza. Hoy se habla de *mística* del arte, de la política, de la ciencia, de la economía, de las relaciones, de la ecología... ¡Todo tiene su *mística*! En el mundo originario de la *mística*, la religión, *lo místico* se percibe como un estado en el que la persona parece no estar del todo dentro de los parámetros normales de la existencia humana y, ni su actuar, ni su manera de expresarse, se corresponde, generalmente, con lo correcto y aceptable cultural y religiosamente hablando.

Por otra parte, la *mística* religiosa no tiene fronteras ni conoce los límites que de alguna manera pueden suponer los dogmas o los ritos de las diferentes expresiones religiosas, las engloba todas y las trasciende todas. Por otra parte, los rasgos comunes y familiares de la *mística* a todas las religiones son fácilmente constatables a través de la historia de las distintas experiencias religiosas, más aún si esos rasgos son femeninos, se expresan a través de las mujeres. Está en estudio, por ejemplo, las semejanzas e incluso la influencia de algunos de los grandes místicos sufíes sobre Teresa de Ávila y su concepción de *Las Moradas*, referencia insoslayable de la experiencia *mística* cristiana<sup>2</sup>.

Un estudio comparado sobre los escritos de la gran *mística* sufí Rabi'a al-'Adawiyya y la doctora de la Iglesia, Teresa de Ávila, descubriría similitudes asombrosas, que pondrían de relieve la cercanía entre ambas y, sobre todo, la identidad única de la Divinidad que se les revela y las convierte en visionarias del Amor Absoluto.

Más allá de lo que la investigación sobre esta cuestión pueda abarcar, el tema que nos ocupa tiene que ver con el hecho de que la *mística*, además de ser un fenómeno que familiariza todas las experiencias religiosas, es un fenómeno de rebeldía del espíritu. Y cuando ese fenómeno se produce en el alma de una mujer se traduce en un carácter iconoclasta muy especial: allí donde hay una mujer *mística*, se introduce un sesgo desafiante y de total intolerancia hacia los falsos dioses y sus incondicionales defensores, sean del “color” religioso que sean y tengan el signo religioso que tengan...

Dadas estas premisas, necesito advertir que mi reflexión está orientada, en lo posible, a enriquecer, delimitar y situar el tema central que nos ocupa, y hacerlo desde una mirada interreligiosa y ecuménica: *Místicas rebeldes, en las religiones del Libro*<sup>3</sup>. Se trata de mostrar, a través de algunas figuras paradigmáticas, en absoluto convencionales, que la *mística* femenina de las tres grandes religiones monoteístas tienen mucho de rebeldía, de trasgresión más o menos evidente de la doctrina tradicional, pero también de los tópicos creados sobre la experiencia *mística* en sí.

---

<sup>1</sup> Esta conferencia fue pronunciada por su autora, Trinidad León Martín, en el curso del IV Seminario de la Escuela Feminista de Teología de Andalucía, EFETA, celebrado en octubre de 2009, y se publica en esta sección con permiso de la autora.

<sup>2</sup> Cf Luce LÓPEZ-BARALT, “Teresa de Jesús y el Islam”, en: *Mujeres de Luz: La mística femenina, lo femenino en la mística*, Edic. de Pablo BENEITO, Trotta, Madrid 2001, pp. 53-75.

<sup>3</sup> No me toca, en este espacio, profundizar en el modo que tiene las tres religiones de referirse a *Las Escrituras* y que crea importantes diferencias dentro de las mismas, especialmente, el cristianismo. Lo importante en estos momentos, es señalar la presencia en ellas de las mujeres, y su *mística* “rebelde”.

Voy a proceder mediante tres pasos:

1º) lanzando una mirada hacia el pasado, para subrayar, de manera breve pero ineludible, los rasgos místico-rebeldes de las mujeres bíblicas, consideradas las matriarcas o antepasadas comunes en las religiones del Libro, reconociendo, de entrada, la manera diferente en que cada una de estas religiones se refieren a las Escrituras.

2º) El segundo paso es fundamental para reconocer el papel desempeñado por las mujeres en la mística de las tres religiones monoteístas. Se trata de un acercamiento paradigmático: apenas unas breves referencias a mujeres o situaciones en las que ellas son protagonistas, para descubrir sus diferencias, pero, sobre todo, para subrayar sus fuertes vínculos de *mística rebelde*. Lo fundamental de esta aproximación es poner de relieve que la mirada hacia la Trascendencia, desde la mística femenina, no trata de dogmas ni de doctrinas, sino de revelación de vida.

3º) En unas breves y nada exhaustivas conclusiones, intentaré poner de relieve los rasgos de la mística actual, poco convencional y muy interpelante para las mujeres y para los hombres *creyentes*, sea cual sea la religión que profese.

## 1. LAS “MATRIARCAS” EN EL TESTAMENTO COMÚN: UNA CIERTA COMPLICIDAD Y ENFRENTAMIENTO CON LA DIVINA PRESENCIA

Las mujeres presentes en las Escrituras Sagradas de las tres religiones monoteístas sirven de auténtico vínculo familiar, sean o no expresamente nombradas en el *Libro* de cada religión. Eva, Sara/Agar, Rebeca, Lia/Raquel, las profetisas Miryam y Débora, Noemí/Ruth y algunas otras, hasta llegar a María de Nazaret, pertenecen, aunque de manera diferente, a las tres religiones y son llamadas y reconocidas como “nuestras madres” en la fe.

Sara y Agar, de manera especial, responden a una mística, a una experiencia de la Presencia divina, que tiene mucho de coraje y rebeldía “oculta” tras lo cotidiano, tras unas normas y unas formas culturales que ellas no dudan en sortear, según su propia percepción y experiencia del proyecto divino. Ambas mujeres expresan un valor místico que fortalece, en primer lugar, la conciencia y el reconocimiento de sí mismas, la importancia de su corporeidad y del valor de sus decisiones, al mismo tiempo que las dignifica ante el personaje que, aparentemente, es el único destinatario de la alianza y de la amistad divina: Abraham. Sara, la señora, Agar, la esclava,... personalizan los acontecimientos relacionados con los pueblos nacidos de sus entrañas. La historia, como sabemos, se desarrollará en medio de una enemistad, en apariencia enconada, entre ambas mujeres; pero, en realidad, dice mucho más acerca de la necesidad que tiene *Israel* de afirmar su identidad frente a la identidad de *Ismael*, su hermano mayor: una identidad irrenunciablemente fraternal y homicida a la vez; evocando y reproduciendo la actitud de los hijos de Eva, de los hijos de Rebeca, y la de tantos otros hijos de mujeres, enfrentados entre sí, de generación en generación...

Sería muy interesante detenernos, por ejemplo, en la figura de Miryam, la profetisa, aunque la imagen que nos transmiten de ella las Escrituras es un tanto ambigua. Qué tipo de mujer es: ¿audaz o aprovechada?, ¿líder o intrigante?, ¿castigada por la *Presencia* que acompaña al pueblo, o más bien utilizada como escudo por los hombres que podían sentir celos de su autoridad y del valor de su palabra ante el mismo pueblo? (*Ex 2; 15; Nm 12*). Dudas e interrogantes que se repetirán ante otras figuras femeninas, otras mujeres líderes y distinguidas a lo largo de la historia, hasta nuestros días... Si hay un rasgo místico que destacar en la Escritura común, es, sin duda, la complicidad entre las matriarcas y la

Presencia divina. *Ellas* no son meros instrumentos en manos del poder androcéntrico. Con la Divinidad a su favor, las mujeres bíblicas son co-protagonistas activas de la historia. Y en esto radica el carácter fundante de su relación mística: rebelde y reveladora a la vez.

María de Nazaret supone un hito único en este panorama de mujeres místicas, en relación con el “Dios de Abraham”. Su perfecta escucha y sumisión a la voluntad Divina va pareja a su absoluta libertad ante las normas sociales y religiosas de su tiempo y de su cultura. Su grito profético es tan fuerte o más, que el silencio al que, como mujer, se la quiere someter. Las mujeres creyentes de las tres religiones tenemos en ella un buen punto de encuentro y de mutuo reconocimiento: siendo judía, una creyente judía, María de Nazaret es la puerta que abre al cristianismo, y la única mujer llamada por su nombre en el Corán: “La que es *portadora de un gran deseo*”, significado etimológico árabe de “Maryam”, y también, la mejor traducción de una experiencia de fe, única y plural, que se manifiesta como encuentro de plenitud en la comunión Divina y humana expresada en el hombre Jesús de Nazaret, su hijo e Hijo de Dios, desde la fe

## 2. MÍSTICAS JUDÍAS-CRISTIANAS-ISLÁMICAS: ESLABONES DE UNA EXPERIENCIA COMÚN DE INTIMIDAD DIVINA “VIGILADA”

### a) La ausencia sensible o la presencia excepcional de las mujeres en la mística judía<sup>4</sup>

Nos situamos ante la mística, en apariencia, “sin asomo de rebeldía” de las mujeres judías, las hermanas mayores de las tres religiones monoteístas. Se ha de decir, en verdad, que el judaísmo se ha quedado anclado en el pasado, en cuanto a la presencia explícita de las mujeres en el ámbito religioso se refiere, incluso en su dimensión mística. Las mujeres mencionadas en la Escritura son referencia constante, opacando cualquier otra imagen femenina en esa comunidad creyente a lo largo de los siglos.

De Eva a Esther, hay una larga lista de mujeres cuyas bondades se proclaman como verdaderas hazañas, y cada una de ellas: Sara, Rebeca, Lía, Raquel, Deborah, Noemí, Ruth, Ana (la madre de Samuel), Judith, Ana (la madre de los Macabeos), son modelos impecables... La historia de las mujeres judías parece haberse detenido en ellas, convirtiéndolas en verdaderas “estatuas de sal”. Después de ellas... ¡nada!

El *ideal femenino* impuesto por la Sinagoga o el judaísmo tradicional rabínico, relega a la mujer al ámbito del hogar, eximiéndola de toda obligación espiritual o de contacto con la Ley, sobre todo escrita (Torá), apartándola así de la fuente de la revelación divina. Quizá por esto, el judaísmo carece de figuras místicas que acompañan las diferentes etapas de la historia, figuras de la talla de una Catalina de Siena, Juana Inés de la cruz o Teresa de Ávila, presentes en el cristianismo, o una Aisha, la mística e influyente mujer del Profeta, de Fátima, su hija, o una Rabi’a al-Adawiyya, (s. II / VIII de la e.c.) entre una larga lista de mujeres sabias y místicas de las que el Islam puede presumir. No obstante, las puertas del silencio también tienen resquicios o grietas a través de los cuales se filtra, de vez en cuando, la luz.

Para la mística judía (Cábala) la mujer es figura de la *Shekiná*, la Tienda que Dios pone en medio de su pueblo. Paradójicamente, tampoco esta imagen, tan fuerte y entrañable, ha servido para dar mejor y mayor cabida a lo femenino en el judaísmo ni siquiera en la mística judía. El fenómeno místico restaurador conocido como *Jasidismo*

---

<sup>4</sup> Mi fuente de información en este campo es la colaboración de Paul B. FENTON titulada “Santas judías: el caso de la ‘Doncella de Ludomir’”, en: *Mujeres de Luz: la mística femenina, lo femenino en la mística*, Trotta, Madrid 2001, pp 25-34.

ofrece una cierta novedad. Como sabemos, el jasidismo, surge en Polonia a impulsos del rabí Israel Ba'al Shem Tob, conocido por el acrónimo *Beshbt*, a mediados del siglo XVIII (e.c.). El jasidismo, según sus historiadores, privilegian la emotividad y la fuerza de la espiritualidad sobre el conocimiento intelectual, de ahí que la igualdad entre hombres y mujeres sea, en apariencia o/y en teoría, más reconocida. Se dice que en los comienzos del movimiento jasidista las mujeres llegaron a sustentar cargos de importancia dentro de la comunidad hasta tiempos relativamente cercanos a nuestra época. Se dice... Pero esto es puesto en duda por más de una experta en la materia, entre ellas, la historiadora Ada Rappaport<sup>5</sup>.

Para Rappaport, la tradición mística judía, desde la antigüedad hasta nuestra época, parece haber excluido a las mujeres tanto como la misma tradición rabínica. Lo cierto es que, el nombre de las mujeres místicas judías: expertas en lo divino y en lo humano, ha quedado olvidado, o simplemente ligado al de sus padres o hermanos, (menos a sus maridos): se tienen algunas noticias de lo inteligentes, sabias y santas mujeres: Perele Sapira, Hannah Hayyah, Rachel de Opt, Eidele de Belz (todas ellas del siglo XIX de la era cristiana).

Con todo, el jasidismo cuenta con una figura femenina “especial”: Ana Rachel, conocida como “la Doncella de Ludomir”. La *Doncella* nació en Volhnia (entonces Checoslovaquia), en torno a 1815<sup>6</sup>. Hannah es una mujer sabia y culta, que vive y cumple religiosamente todas las normas, tal y como lo haría el más capacitado y autorizado de los varones concedores de la Escritura, tanto judía como cristiana: lleva sobre sus hombros el *tallit* (chal de oración), y luce *tefillin* (filacterias) en el brazo mientras se dedica a la oración. Ante el asombro y escándalo de quienes la rodean, se atreve a presidir el funeral de su padre y después se dedica, con fortaleza y sobriedad, a crear un lugar de oración y de encuentro al que acuden sabios y eruditos, rabinos, y toda clase de visitantes, para escuchar su palabra y recibir sus consejos. Como es común entre las mujeres místicas, ejerce, además, el arte de la curación.

La fama de santa adquirida por esta mujer, y su incuestionable autoridad, suscitó, ¿cómo no?, el recelo de los *tsaddiq* o justos, que la presionaron, obligándola a contraer matrimonio con un de ellos y a abandonar las prácticas que la habían señalado como erudita y santa, no del todo ortodoxa, en medio del pueblo. Divorciada al poco tiempo, emigró a Palestina, donde prosiguió sus estudios místicos, comportándose, hasta el final, como una auténtica rabina jasídica. Su conocimiento de Dios y su manera de desentrañar las Escrituras tenía tanto de intimidad amorosa como de rigurosidad exegética. Ambos aspectos, perfectamente combinados hicieron de ella una verdadera maestra, del espíritu. Pero ¿Quién la conoce...? No obstante la apariencia de triunfo de una mujer dentro de la tradición mística judía, según la mencionada historiadora, Ada Rappaport, esta es la historia de un fracaso, la excepción que confirma la regla. Tomo nota de sus palabras: “la historia de la *Doncella* es la historia de un desviante, cuyo fracaso final sirve precisamente para reforzar las fronteras que intenta cruzar, no para socavarlas”<sup>7</sup>.

Pero ¿qué hay de la experiencia mística en el judaísmo de hoy en día? Lo que hay es todo un reclamo, un grito, a reconocer esa sabiduría mística detrás de todo un mundo de

---

<sup>5</sup> Ada Rapaport-Albert, *Reader in Jewish History at University College London, 27–30 March on 'Women in Jewish Mysticism'*. Ada RAPAPORT-ALBERT, profesora de Historia Judía en la Universidad College de Londres, en la que se desenvuelve como Jefe del Departamento de Hebreo y Estudios Judaicos. Las referencias a las que hago alusión corresponden a la serie de conferencias que impartió en la Universidad de Manchester, sobre el tema: "Mujeres en el misticismo judío", del 27 al 30 del 2006. Podrán encontrar un extracto de dichas conferencias en la página: <http://www.mucjs.org/sherman06.htm>.

<sup>6</sup> P. B. FENTON, *o. c.*, pp. 28-29.

<sup>7</sup> P. B. FENTON, *o. c.*, p. 32.

expresiones trasgresoras, todas ellas dirigidas a mostrar que la fuerza de los orígenes está viva en ellas. Invito a descubrir la *mística rebelde* que se trasmite en la figura de Yentl, la protagonista de la magistral película de Barbra Streisand. El argumento de esta obra puede ayudarnos a reconocer la orientación de la mística de las mujeres judías; una mística envuelta en el deseo de superación de todas las barreras, especialmente las barreras creadas por la diferencia de géneros, dentro de la comunidad creyente y del tipo de sociedad misógina que desarrolla.

Otro ejemplo. Emulando el legado de Miryam, la profetisa del Éxodo, se ha creado en Israel un grupo musical, conocido ya ampliamente en muchos países de todo el mundo, llamado "Ashira" (*Cantare*). Está formado por seis jóvenes judías, que se abren camino con un rock and roll "sólo para ellas", porque la ley judía (Halajá) dictamina que la "voz de una mujer cantando provoca lascivia" en los varones... Sus canciones, no obstante, tienen profundas raíces bíblicas y resonancias de otros textos sagrados para el judaísmo, además de sus propias creaciones orantes a la vez que artísticas. Una de las componentes del grupo afirma que "formar parte del conjunto es una oportunidad para dar a conocer la música judía, su misterio y su fuerza, y un derecho que muchas mujeres no aprovechan". Pero ¿limitarse a las mujeres es un derecho o una injusta restricción? Al menos, motivan y hacen oír su voz... Algo es algo.

La *mística "rebelde"* que mueve a las mujeres dentro del mundo religioso judío sigue siendo, ante todo, una lucha por la libertad, por el derecho de las mujeres a ser vistas y escuchadas, de participar en la conquista de la convivencia en paz, no sólo entre dos pueblos hermanos y enfrentados, de generación en generación, sino también entre los hombres y las mujeres de su propio pueblo.

## **b) La mística cristiana: una rica herencia que no cambia la realidad, pero la intranquiliza...**

Las místicas cristianas son mujeres que afrontaron su encuentro personal con la Divinidad encarnada en el hombre Jesús, con enorme libertad y una inteligencia tenaz: Teresa de Ávila y Juana Inés de Asbaje (o de la Cruz), y antes que ellas, Hildegarda de Bingen, Hadewich de Amberes, Juliana de Norwich, y tantas otras conocidas en nuestro ámbito cultural. Ellas configuran una imagen de mujer cristiana *incorregible* en su modo de estar dentro de la ortodoxia eclesial. Son mujeres sabias y rebeldes; curtidas en la lucha establecida entre *ellas y los hombres*, pero, sobre todo, entre ellas y Dios... Teresa de Ávila, la mística española por excelencia, pero no la única. Responde al modelo de mujer capaz de encubrir su rebeldía a los ojos avizores de los inquisidores eclesiásticos:

*"Escribo con libertad. De otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para los demás basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin..."*<sup>8</sup>.

Precavida había de ser la mujer mística de su época, (y no sólo...). Pero, si Teresa se hubiera limitado a ser una mística convencional de su tiempo, una mujer enclaustrada y dedicada a los pucheros y al arrobo espiritual, podría cabernos la duda de si su huella seguiría siendo, aún hoy, tan extraordinariamente atractiva, novedosa y universal. La suya tuvo que ser, por fuerza, una mística "rebelde". Teresa se hizo experta en el tejer y conjugar la fórmula doctrinal de la Iglesia con la libertad de las revelaciones divinas de que era objeto. Sencillamente, sabía dónde estaba el objeto de su deseo y todo lo demás era, a sus ojos de mujer, Nada.

---

<sup>8</sup> Cf. TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, "Vida", cap. X.

Sería bueno detenernos en su mensaje y en su poesía, pero Teresa de Jesús y su mística “rebelde” son de sobra conocidas; por eso invito a acercarnos a otro modelo de experiencia mística cristiana menos reconocida, un modelo que recrea de modo sorprendente la figura de la judía Hannah Rachel, si recordáis..., “La Doncella de Ludomir”. Este modelo, en la historia reciente de la Iglesia católica, se llama Luzmila Javorova<sup>9</sup>, nacida como aquella en la antigua República de Checoslovaquia. Luzmila fue ordenada sacerdote en 1970 por el obispo Felix Davidek, colaboró con él activamente en la organización de la iglesia clandestina de los países del Este europeo y juntos crearon la comunidad formadora de agentes de pastoral y de presbíteros en la clandestinidad conocida como *Koinotes*.

Ludmila Javorova, presbítera católica, ejercerá como tal en tiempo de intensa persecución y represión comunista, exponiendo su libertad e incluso su vida. Será así hasta 1993. Con la caída del telón de acero, entre 1989-1990, se puso fin a las actividades ministeriales clandestinas de la Iglesia. Bajo la presión del Vaticano, Ludmila tuvo que renunciar al ejercicio de su ministerio y a los cargos de gobierno que llegó a sustentar en *Koinotes*. Al final de este duro periodo de martirio cotidiano, de fe profunda y de profunda fidelidad a la Iglesia católica, el Vaticano, en lugar de agradecer su entrega y reconocer su ordenación, amenazó con excomulgarla. Su presencia ya no era necesaria ni conveniente... Ludmila acató la orden de suspender sus actividades sacerdotales y continuó ejerciendo de catequista en la parroquia de Cirilo y Metodio, en la ciudad Checa de Brno. En el 2001, según su biografía, todavía seguía allí.

Ludmila Javorova adelanta la praxis *mística ministerial* de las mujeres católicas, desde una fidelidad indomable a la Iglesia, a la vez que pone de manifiesto una *rebeldía* conducida por la Presencia divina: Dice ella: “Con las palabras de la consagración, yo siempre era consciente de esta proximidad a Dios y sé que soy sólo un medio, que Dios obra a través de mí. Es Cristo el que opera los cambios y lo hace en cooperación conmigo<sup>10</sup>. Ejerciendo como catequista Luzmila suele preguntarles a las mujeres: “Cuándo rezáis a solas ¿rezáis con lenguaje de mujer o en el lenguaje de los hombres?”. Y añade el motivo de su pregunta:

*“Para la mayoría de la gente esto carece de importancia, pero para mí tiene un gran significado, hablar en femenino, porque entonces mi autorreflexión ante Dios llega realmente a lo profundo. La experiencia de mi propio ser es muy diferente cuando me expreso a mí misma desde mi propia esencia... Cuando estoy con mujeres... intento llevar la conversación por este camino y entonces se produce un silencio verdaderamente gélido. No sienten la necesidad. Incluso quienes han estudiado teología no lo sienten como lo siento yo por dentro”<sup>11</sup>.*

Puestas en paralelo, la historia de Hannah Rachel y de Ludmila se corresponden como almas gemelas, poniendo de relieve que, tratándose de mujeres, las experiencias son similares, sea cual sea el ámbito religioso en el que se encuentren: por muy capacitadas que estén y por mucho que su presencia sea relevante para la comunidad a la que pertenezcan, su reconocimiento está condicionado por la fuerza de la tradición androcéntrica, propia de la cultura que engloba a las tres religiones del Libro.

Pero, antes de concluir esta aproximación a la experiencia *mística* de las mujeres en el cristianismo, quiero traer a colación la figura de dos mujeres que viven una relación con la Divinidad completamente liminal y exiliada; una mística que no tiene “patria” asegurada

---

<sup>9</sup> Miriam T. WINTER, *Desde lo bondo. La historia de Ludmila Javorova, una mujer católica ordenada sacerdote*, Edit. Claret, Barcelona 2002.

<sup>10</sup> Miriam T. WINTER, *Desde lo bondo. La historia de Ludmila Javorova, una mujer católica ordenada sacerdote*, Edit. Claret, Barcelona 2002, p. 172.

<sup>11</sup> *Idem*, p. 201.

en el mundo de las religiones, aunque sus raíces están, irremediablemente, dentro de ellas. Hablo de Simone Weil y María Zambrano. Dos mujeres amantes de la sabiduría (*filósofas*), apasionadas ambas por el compromiso social y político, amen de haber mantenido una actitud crítica frente a la Iglesia de su tiempo (s. XX), honesta y desgarrada a la vez. Los escritos de Weil y Zambrano contienen una sobreabundante de *experiencia mística*, absolutamente inconformista. Podríamos decir que son las místicas del “el umbral” y del “exilio”, dos categorías que, como poco, pueden suscitar recelo a la ortodoxia doctrinal e incluso filológica, pero no por ello carecen de una fuerte experiencia de la divina *Presencia*. En esta mística agnóstica: liminal y exiliada, la mujer, como tal, es el *lugar* de encuentro de todos los marginados y exiliados. Weil y Zambrano descubren que ese es también el lugar en el que se sitúa la *Presencia encarnada* de Dios, en Jesucristo: una presencia exiliada y mantenida en el margen, hasta la muerte en el Gólgota.

Simone Weil, judía de nacimiento, pese a su personalidad altamente conflictiva, y a confesarse expresamente fuera de la Iglesia católica o de cualquier otra iglesia, siente la cercanía del Dios *kenótico*, encarnado y crucificado en el hombre, Jesús de Nazaret. Uno de los *nadies* de la tierra con los que ella se identifica plenamente. Con él se ve arrastrada a seguir la voluntad de Dios a través de la identificación con los crucificados de la tierra: “La voluntad de Dios, cualquiera que sea ésta, se impuso a mi espíritu como el primero y más necesario de los deberes”<sup>12</sup>. Weil siente la tristeza propia de quien se ve obligada a disentir por razones muy hondas, razones que la retienen en un umbral abarrotado de realidades desgarradoras y desencarnadas, desplazadas por la misma Iglesia: “Hay un obstáculo absolutamente infranqueable a la encarnación del cristianismo. Es el uso de estas dos palabras: *anatema sit...* También esto me impide franquear el umbral de la Iglesia. Permanezco junto a todas las cosas que no pueden entrar en la Iglesia... Y permanezco tanto más a su lado cuanto que mi propia inteligencia es una de ellas”. La Iglesia se convierte en un límite obligado, en un recinto cerrado, que no responde a lo ilimitado de Dios, ni a la apertura universal de su Reino. Según Weil: “Los hijos de Dios no deberían tener más patria aquí abajo que el universo mismo, con la totalidad de las criaturas racionales que ha contenido, contiene y contendrá. Esa es la ciudad natal digna de merecer nuestro amor”<sup>13</sup>. Sin duda, esta es una mística difícil de asumir, pero, al menos, llena de honestidad.

María Zambrano, una mujer comprometida también políticamente y auto-exiliada de España durante muchas décadas, vive “su exilio”, de un modo profundo, desde lo más profundo de su ser de mujer. Todos y cada uno de sus escritos, sin ser en absoluto una confesión de fe, contienen es una búsqueda incansable de la verdad. Pero la suya, como la de muchas otras mujeres inquietas ante la realidad y la forma anodina de crear sociedad o ser creyentes, se confiesa “en el exilio”. El exilio está ligado a su visión del ser, al exilio de la razón, y se convierte en una verdadera *mística de la pasión*: “... voy siendo en virtud de lo que veo y padezco, no de lo que razono y pienso”<sup>14</sup>.

La mística, al igual que la profecía, conlleva mucho de sufrimiento, de salida forzosa de una realidad amada y, en muchos casos, perdida: “Toda experiencia tiene algo de revelación por muy en la relatividad de lo humano que se dé. Justamente por andar en la relatividad necesita el hombre de revelación de las verdades que rondan y ruedan mientras no se las revive. Experiencia es revelación y es historia”<sup>15</sup>, afirma Zambrano. Dejándonos

---

<sup>12</sup> Simone WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, p. 39.

<sup>13</sup> Simone WEIL, *o. c.*, pp. 46 y 60.

<sup>14</sup> María ZAMBRANO, *Los bienaventurados*, Siruela, Madrid 1990.

<sup>15</sup> María ZAMBRANO, *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antífona*, Edit. Anthropos, Barcelona, 1986, p. 152.

llevar por ese sentido de revelación y de historia nos introducimos en el último de los marcos religiosos, en el que encontrar la *mística rebelde* que emana de la experiencia religiosa de las mujeres del Libro: el Islam.

### c) La dulce mística de las mujeres del Islam o el espejismo de una rebeldía velada

*“Permanece en la puerta si anhelas la Belleza,  
Abandona el sueño si quieres entrar”*

Con estas palabras, según María Tabuyo, atribuidas a la mística sufi del II siglo de la hégira (VIII e.c.) Rabi`a Al `Adawiyya<sup>16</sup>, entroncamos con el punto anteriormente tratado: experiencia del umbral y del exilio. Ante todo, conviene tener en cuenta que la mística musulmana no es una síntesis de la mística judía ni mucho menos de la mística cristiana, y no deberíamos, por tanto, enmarcarla en categorías que le son ajenas. Conviene recordar, también, la radicalidad del Islam: la afirmación permanente de la unidad y unicidad Divina, la Realidad absoluta, que exige una entrega y sumisión absolutas de parte de sus seguidores, sea cual sea el rito que sigan.

La mística es para el Islam, sabiduría, conocimiento profundo y auténtico de todas las cosas y, especialmente de la Misericordia divina, de Al-lâh<sup>17</sup>. Adorar a Dios por Dios solo, es el núcleo del sufismo, la entraña del Islam, y esto se remonta a los inicios del sufismo, entendido como un comentario del Corán, pero, sobre todo, como un talante de vida. Podríamos decir lo mismo de la Torá, o del Evangelio: desde la mística judía y la mística cristiana. En el mundo musulmán de los comienzos no existía prohibición alguna para que las mujeres estudiaran y recibieran la sabiduría coránica, al contrario, el Islam animaba a ello. Como consecuencia, muchas mujeres se dieron a conocer como estudiosas religiosas, escritoras, poetas, doctoras y profesoras, por derecho propio.

El conocimiento y la mística musulmana, cobra especial relieve desde la figura de Aisha, una de las esposas del Profeta. Abu 'Abdullah alGhafiqi dice en su obra: *La sombra de la nube*, a propósito de Aisha: “En ella se reunían la mayor parte de las transmisiones y el *fiqh* más completo de entre aquellos que daban *fatwa*. Acudían a ella personas, desde las tierras más recónditas por su conocimiento de la *Sunna* y de aquello que es obligatorio. Recitaba la poesía de los árabes con gran pureza. Era asombrosa en el *tafsir* (comentarios sobre el Qur`án), elocuencia y poseía un amplio saber de medicina”. Esta devoción y reconocimiento de la sabiduría femenina, no sólo se dirigía a ella, también era el caso del resto de las mujeres del Profeta y sus compañeras como Umm Sulaym, Umm adDarda', Fatima bint Qays y otras mujeres que vinieron después. Mencionarlas ahora a todas y cada una de ellas sería simplemente imposible. De modo que, tal como he hecho respecto a las místicas del judaísmo y del cristianismo, tomaremos algunas figuras paradigmáticas que, desde los orígenes del Islam, nos ayuden a recorrer la historia y situarla en el momento actual.

El Islam encuentra en Rabi'a al-Adawiyya (Basora el año 95/714 o 99/717-718) una intérprete de excepción del sufismo nacido del Corán. Dice Al 'Attar, su principal biógrafo: “Rabi'a era única, porque su relación con Dios y su conocimiento de las cosas divinas no tenía igual; fue muy respetada por todos los grandes maestro espirituales de su tiempo, y su

---

<sup>16</sup> La obra de Caterina GREPPI, *Rabi'a, la mística*, Jaca Book, Milano 1988, es de una gran belleza y refleja en sus escasas cien páginas lo esencial de esta figura del sufismo.

<sup>17</sup> Para la elaboración de estas páginas he confrontado la obra de Aisha BEWLEY, *Islam: El Poder de la Mujer*, Madrasa Editorial, 2001. Pero, ante todo, tengo presente el trabajo de María TABUYO, *Introducción a Rabi'a Al `Adawiyya. Dichos y canciones de una mística sufi*, cuyas páginas podrán confrontar en: <http://agorasur.blogspot.com/2008/12/rabiya-y-el-sufismo.html>

palabra era decisiva, de una autoridad sin discusión, para todos sus contemporáneos”. Los versos de Rabi'a reflejan de manera serena la actitud, lúcida y equilibrada, de quien, enamorada de la Belleza, conoce al mismo tiempo la distancia que la separa de Ella; con todo, permanece atenta, vigilante, dispuesta a recoger cualquier signo, porque sabe que el Dios Inaccesible es también el Cercano. Su poesía destaca por su asombrosa libertad, y una sutil ironía, muy semejante a la que desplegaría más tarde nuestra Teresa de Ávila. Tiene, como ella, clara conciencia de su condición de mujer y se siente libre de la pretensión de endiosamiento que descubre en los varones,... y, en cuanto a la devoción que debiera inspirarle la figura del Profeta, ella afirma categóricamente que en su vida sólo hay lugar para el Amado, Dios Único.

«Quien se conoce a sí mismo conoce a su Señor». El conocimiento produce temor; pero no un temor cobarde, que Rabi'a denunciará continuamente, sino ese otro temor, principio de sabiduría y santidad, que es reverencia ante la grandeza y la maravilla, y lleva a la adoración. Asceta y mística, Rabi'a conjuga sabiamente la tensión entre el deseo y la renuncia, el conocimiento de la distancia, que sólo Dios puede traspasar. A la manera de canciones, sus poemas son destellos de sus largas conversaciones con el Amado, su razón de ser. Tomemos un pequeño ejemplo:

*“Dios mío, Cuantos bienes me hayas reservado  
en este mundo, dáselos a tus enemigos,  
y cuanto me hayas reservado en el otro,  
dáselo a tus amigos,  
porque a mí, Tú me bastas”.*

Rabi'a transforma la ascesis en camino, apartando todos los obstáculos, tanto los que provienen de su entorno socio-cultural, de hombres que la admiran y a la vez desearían mantenerla bajo su control, como los que descubre dentro de sí misma: el Deseo de Dios no es Dios, por eso puede convertirse en lo que nos oculte a Dios. Por eso dirá: *“El amor hecho de deseo me hace recordarte a cada instante/, despojándome de todo lo que no eres Tú”*. Al final de su vida, esperaba anhelante la muerte, con la misma pasión y fuerza que más tarde expresará Teresa de Ávila en sus poemas. La muerte es “la que une al amante y al Amado”.

Rabi'a al-'Adawiyya fue conocida en la Europa del siglo XIII, a través de los cruzados que acompañaron a Luís IX, en la séptima cruzada. Sin embargo, el recuerdo que de ella se guardaba en Occidente la convierte en una buena cristiana, perteneciente a la corriente del “puro Amor” desarrollada en la Francia del s. XVII. Se transmite así una imagen desfigurada de esta mujer, que olvida lo más importante de su origen y el origen de su propia espiritualidad: se ignora a la mujer de fuerte personalidad que reflejan sus dichos y, sobre todo, se olvida su carisma de *maestra* mística sufi. Nunca se insistirá bastante, afirma María Tabuyo, en la importancia de la Belleza en el Islam, esa Belleza eterna que fascinaba a Rabi'a y que es una de las claves de su actitud ante la vida, que aúna sumisión y rebeldía, audacia y ternura características también de tantas otras mujeres místicas de las tres religiones del Libro.

Antes de concluir, quiero mencionar dos imágenes, dentro de las cuales sigue viva la figura de la mujer valiente y amante de la Belleza y de la libertad, signo de la mujer mística del Islam. El primero es, también aquí, una obra cinematográfica, seguramente conocida por muchas de las aquí presentes: *Kandabar*. Al igual que *Yenti*, esta obra revela la fuerza espiritual que sostiene a las mujeres, dentro de los acontecimientos más trágicos de nuestra historia. Nafas, la protagonista, en un momento de su terrible viaje, yendo al encuentro de su hermana, exclama: “He puesto toda mi alma en este viaje”. Esta es la mística que desbordan las mujeres inmersas en la más violencia más absurda, las mujeres que se dejan el alma en medio el desierto, pero siguen caminando, porque el amor, la belleza, la sabiduría,

la santidad ¡ni se silencia, ni mata! La mística de las mujeres musulmanas no permanece ajena a la tragedia que vive todo el oriente y, con características similares, muchos países africanos y latinoamericanos. Las palabras de un joven afgano entrevistado para la revista española *Mujer hoy*, son mucho más frecuentes de lo que podemos imaginar, en cualquier lugar y haciendo referencia a muchas situaciones: “El país va bien. Las mujeres son el problema por no vestirse adecuadamente...”. ¡Y eso es todo!

Nadia Anjuman, es otro paradigma de la *mística rebelde* que une hoy a las mujeres del Libro, incluso con aquellas que viven otras experiencias religiosas y hasta con mujeres no creyentes. Vivía en Herat, la capital cultural del país desde hace más de 5.000 años hasta la llegada de los talibanes<sup>18</sup>. La articulista que cito, Christina LAMB, describe la situación de manera absolutamente vívida. Dice: Nadia. Tenía 20 años y un brillante futuro por delante. Iba a la Universidad, allí conoció a Farid. Se casaron y comenzó la gran oscuridad: tuvo que abandonar sus estudios y si el marido la descubría escribiendo la maltrataba; le prohibió la asistencia al Club Literario al que pertenecía. Aun en esas circunstancias, ella continuó escribiendo: escribía versos en los que el Amor es único, y la belleza y la libertad, el aire que el espíritu respira. Las amigas de Nadia afirman que en muchas ocasiones escucharon decir al marido: “¿Por qué la gente te conoce más que a mí? Yo soy el hombre”. Y la mató. Fue el 6 de noviembre del 2005, al amanecer. Fue condenado por asesinato, pero sólo pasó un mes en prisión.

Digámoslo una vez más, la inmensa mayoría de las mujeres del Islam no están sometidas al silencio por su propia voluntad, muchas gritan bajo el burka y su grito es poesía rebelde y sabia. Ellas sobrevivirán. ¡Y su *mística* también!

### 3. Es hora de sacar algunas CONCLUSIONES

1. *Mística y rebeldía* no se excluyen, más bien se integran en una misma experiencia reveladora del único Misterio que lo trasciende todo, de la única Presencia que es liberadora porque nos hace experimentar su abrazo infinito, incluso en esa realidad trágica, de silenciamiento y de muerte: esa realidad que llega simplemente por ser mujeres, y por ser sabias y místicas.

2. Para la verdadera mística no existen fronteras religiosas, pero tampoco condicionantes externos o internos de ningún tipo. La experiencia hace a los hombres y a mujeres que la viven las personas más universales y, al mismo tiempo, más firmes en su propia fe, las más rebeldes y las más fieles. Son las personas más dispuestas al diálogo sobre Dios o sobre cualquier realidad que pretenda tomar el lugar de Dios, y siempre terminarán diciendo: Amén, a la experiencia del otro/otra, porque, en el fondo, es la suya propia.

3. La mística que emerge de las Escrituras es una manera de vivirse la persona frente a su realidad, dentro del ambiente que la rodea, y ante el *Misterio divino* que la trasciende y, por lo mismo, la pone al límite de cualquier otra realidad institucional: Iglesia, sociedad o cultura...

4. Desde siempre, la lucha entre *norma* y *mística* se endurece, se hace descarnada y despiadada, cuando media algún tipo de reivindicación y, sobre todo, cuando las que reivindican son mujeres. La mística femenina, que elude todo tipo de poder, se siente como un atentado contra las costumbres y los cánones religiosos y culturales andro-kirio-céntricos, propios, aunque no exclusivos, de las culturas religiosas monoteístas.

---

<sup>18</sup> Los datos los recojo del artículo titulado: “El club de las poetisas desafiantes”, aparecido en *Mujer hoy*, del 4 al 10 de julio de 2009. Escrito por Christina LAMB, con excelentes fotos de Alexandra FASCINA.

5. El panorama de la mística femenina, de las tres religiones del Libro, va cambiando: la mística paciente y sutil de las mujeres del pasado y de muchas del presente, nos lleva hoy hacia la mística liberadora y con frecuencia, *martirial*. Es una mística *liminal* y *exiliada* que va configurando una nueva presencia de las mujeres creyentes del siglo XXI, en todos los ámbitos en los que se expresan y viven las religiones del Libro. Este proceso hay que saber verlo, interpretarlo y, sobre todo, afirmarlo y universalizarlo o globalizarlo: tiene muchas caras y muchas formas..., se dice de maneras muy diversas, a veces extrañas, asume expresiones muy diferentes... ¡pero sigue siendo mística!: encuentro con la Santidad divina. Porque todo lo que sea desvelar la dignidad del ser humano, la vocación irrenunciable a la libertad, la belleza de las relaciones humanas, descentradas del poder tiránico de un sexo sobre otro, es revelación de la Presencia que nos abraza y nos hace casa común, hogar familiar único.

Podríamos concluir diciendo que el misticismo del siglo XXI, sea cristiano, judío, musulmán o de cualquier otra denominación religiosa, ha de ser un *misticismo rebelde*. Esto es, capaz de hacer estallar todo prejuicio, especialmente el que se gesta a través de los siglos contra la presencia-diferencia de las mujeres en la inmensa mayoría de las “culturas”, pero, de manera trágica e incoherente, dentro de las religiones y sus estructuras, o no será, en absoluto, verdadero conocimiento de la Santidad. No será mística.